

cel, pues para castigar el asesinato y la alta traicion se necesita un proceso en forma.

— ¡Oh! debe de haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo; y se dejó tranquilamente llevar á un calabozo.

En cuanto al niño, fué fielmente devuelto á su madre.

GUESSLER.

La noticia de todo lo que habia sucedido en este dia, divulgóse en seguida por los pueblos de las inmediaciones, y ocasionó una grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la mansedumbre de su genio, sus virtudes domésticas, y el interés que se tomaba en las desgracias y calamidades de los demás, le habian conquistado la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su extraordinaria habilidad excitaba una siniestra admiracion, por lo que le consideraban como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos: precisados á alimentarse con el resultado de su destreza y á defenderse con su propia fuerza, estas dos circunstancias son las que hacen mas notable al hombre y las que le colocan en el rango de un semidios. Hércules, Teseo, Cástor y Pólux no subieron por otra escalera para llegar al Olimpo.

Como á cosa de media noche dieron parte á Guessler de que si no se ponía remedio seria muy posible que estallase una rebelion. Guessler calculó

que lo mejor para evitarlo sería sacar á Guillermo del canton de Uri y conducirlo á una fortaleza de los duques de Austria situada al pié del monte Righi entre Kussnach y Weggis. En su vista, juzgando que el viaje sería mas seguro embarcándolo que llevándolo por tierra, mandó disponer una barca, y una hora antes de amanecer ordenó llevar á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros componian toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Fluchen, punto del embarque, encontró exactamente cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de piés y manos fué arrojado á la cala del barco; á su lado y como cuerpo del delito se hallaba el arma terrible que como instrumento de su muchísima habilidad habia suscitado tantos temores en el corazon del gobernador. Los arqueros sentados en los bancos inferiores le custodiaban, dos marineros de pié junto al pequeño mástil estaban prontos á izar las velas y el piloto aguardaba en la orilla la llegada del bailío.

- ¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.
- Hasta ahora es favorable.
- ¿Y el cielo?
- Anuncia un dia magnífico.
- Marchemos pues, sin perder tiempo.
- Al momento.

Guessler se sentó en la popa del barco, el piloto se puso al timon, los marineros desplegaron la vela y el barco comenzó á deslizarse por el espejo del lago, ligero y gracioso como un cisne.

Mas á pesar de la calma del lago y del estrellado cielo, que no dejaban de ser felices presagios, veíase algo de siniestro en aquella barca que surcaba silenciosa como un espíritu sobre las aguas.

El gobernador se hallaba sumergido en sus pensamientos, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los barqueros, obedeciendo á su pesar, ejecutaban tristemente las maniobras que mandaba el piloto. De pronto atravesó por el espacio una luz meteórica, y desprendiéndose del cielo, pareció ir á sumergirse en el lago. Los dos marineros se miraron mutuamente, y el del timon hizo la señal de la cruz.

— ¿Qué es eso, piloto? preguntó Guessler.

— Nada, aun nada; pero hay algunos que creen que una estrella que cae del cielo es una advertencia que nos envía el alma de alguno de los muertos que hemos amado en vida.

— ¿Y esa advertencia es de buen ó mal agüero?

— El cielo ordinariamente no nos presagia nada próspero, porque la felicidad siempre es bien acogida.

— Cómo, ¿seria esa estrella un signo funesto?

— Hay antiguos navegantes que creen que cuando sucede una cosa parecida al tiempo de embarcarse, vale mas no hacerlo, si es posible.

— Sí, pero cuando es muy urgente continuar el camino.....

— Entonces no hay mas sino fiarse en la tranquilidad de la conciencia y poner la vida en manos de Dios.

Siguió un profundo silencio á estas palabras y la barca siguió volando por el lago cual si tuviese las alas de un alcion. Sin embargo, desde que se habia visto el meteoro, el piloto no dejaba de dirigir la vista alarmado hácia el Oriente, pues de allí debian llegar los mensajeros de malas nuevas. Al cabo de poco mostróse evidentemente; se verificó un cam-

bio en la atmósfera : á medida que comenzaba á parecer el día palidecian las estrellas del cielo, no en medio de una luz mas clara como ordinariamente sucede, sino cual si una mano invisible hubiese corrido sobre ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Momentos antes de la aurora arreció el viento, el lago tomó un color ceniciento y el agua sin que la agitase la mas leve brisa, comenzó á formar bombitas como si quisiese hervir.

— Arriad la vela, gritó el piloto.

Los dos marineros comenzaron á ejecutar la maniobra, pero antes de obedecer la orden del piloto se levantaron algunas pequeñas olas rizadas de espuma que viniendo rápidamente de Brunnen parecían salir al encuentro de la barca.

— ¡El viento! ¡el viento! gritó el piloto, arriad en banda.

Pero bien por la torpeza de los marineros, ó bien que algun nudo mal hecho estorbaba la ejecucion de la maniobra, el viento se habia echado sobre la embarcacion antes de estar arriadas las velas. Sorprendida la barca se estremeció cual el caballo al oír el rugido del leon. Despues tambien cual el caballo pareció levantarse de manos, hasta que volviéndose por sí misma como si quisiera esquivar las fuerzas de tan terrible contrario, presentó el flanco á su enemigo. La vela, que poco antes estaba floja, se infló con violencia tal que parecia iba á reventarse, y á poco no sumerge la barca.

En tan apurado trance el piloto picó con su cuchillo el cable que sujetaba la vela, que ondeó al viento un momento como un pabellon izado en la punta del mástil, y libre por último de todo estorbo, comenzó á volar cual un pájaro arrebatado por las

ráfagas del viento, y la barca se volvió á levantar tranquilamente recobrando su equilibrio. Entonces comenzó á dejarse ver el nuevo día, y el piloto tornó á tomar el timon.

— Compañero, dijo Guessler, el presagio no mentía y á fe que no ha tardado en realizarse.

— Sí, sí, la boca de Dios no miente como la de los hombres y nunca sale bien el despreciar sus consejos.

— ¿Creeis que no habrá mas que esa pequeña borrasca, ó calculais que esa ráfaga de viento es únicamente el prelude de una tempestad mas violenta?

— A veces sucede que los espíritus del aire y de las aguas se valen de la ausencia del sol para dar estas fiestas sin el permiso del Señor, y entonces al salir la aurora callan y se calman los vientos y se marchan á donde huyen las tinieblas. Pero por lo regular es la voz de Dios la que hace soplar á las tempestades, y es necesario que se cumpla su voluntad en todo; por lo mismo infelices de aquellos contra quienes Dios las suscita.

— Mas tú debes tener presente que tu vida corre igual riesgo que la mia.

— Sí, monseñor, ya sé que todos somos iguales ante la muerte, pero Dios es omnipotente y salva ó hace perecer al que quiere salvar ó hacer morir. El fué quien dijo al apóstol que caminase sobre las olas, y el apóstol caminó cual sobre la tierra; ese mismo prisionero á quien llevais tan atado tiene mas seguridad de salvarse, si está en gracia del Señor, que cualquiera hombre libre maldito por el cielo. — Rema un poco, Frantz, rema un poco para que podamos presentar la proa al viento : porque

segun veo, aun no estamos libres.... ya vuelve, ya vuelve!

En efecto, crecian las olas y se levantaban cada vez mas espumosas que las primeras, y aunque la barca esquivaba el viento que llegaba tras de ellas, la hacia saltar sin embargo, dando botes lo mismo que aquellas piedrecillas que los muchachos hacen saltar sobre la superficie del agua.

— Si el viento nos es contrario para ir á Brunnen, lo tendremos favorable para volvernos á Altorf, dijo Guessler alarmándole ya el riesgo que corria.

— Si, si, ya lo he pensado, respondió el piloto; y por eso he mirado tantas veces hácia ese lado. Mirad el tiempo, monseñor; esas nubes que pasan entre el Dodiberg y el Tillis, vienen del San Gotardo, y siguen el curso del Reuss, traen un viento contrario al que levanta esas olas, y antes de cinco minutos se estrellarán el uno contra el otro.

— ¿Y entonces?

— Entonces será preciso que Dios nos mire con misericordia ó que nosotros nos encomendemos á Dios.

No pasó mucho tiempo sin cumplirse la profecía del piloto; los dos vientos se encontraron; brilló un relámpago y el estampido de un trueno marcó el instante del combate. Inmediatamente el lago tomó parte en la revuelta de los elementos; sus olas impu'sadas y rechazadas por vientos opuestos se hincharon cual si las hiciese hervir en su interior un volcan sub-marino, y arrastraban la barquilla cual si fuese tan ligero su peso como un copo de espuma de los que formaban las olas.

— Somos perdidos, exclamó el piloto; los que no

estén ocupados en la maniobra que se encomienden á Dios.

— ¿Qué estás diciendo, profeta de desgracia? exclamó Guessler. ¿Porqué no decias antes el peligro que corriamos?

— Ya lo he hecho al primer aviso del cielo, pero vos no habeis querido escucharme.

— Debias haberte vuelto á pesar mio.

— Yo he creído que debia obedeceros, como vos debeis obedecer al emperador y como el emperador ha de obedecer á Dios.

Al decir esto, estrellóse contra la barca una ola furiosa que saltando sobre ella la dejó un palmo de agua dentro.

— Agña fuera, señores soldados, gritó el piloto, que bastante cargados vamos; pronto, pronto, que otra ola nos haria ir á pique. Aunque la muerte es inminente, bueno es que luchemos para evitarla.

— ¿No encuentras medio alguno de salvarnos? ¿no te queda ya esperanza?

— La esperanza nunca falta, monseñor, porque la misericordia divina vale mas que toda la ciencia del hombre.

— ¿Cómo has tomado sobre tí semejante responsabilidad no sabiendo mejor tu oficio, picaro?

— En cuanto á mi oficio, monseñor, cuarenta años hace que lo ejerzo y tal vez no hay en la Helvecia mas que un piloto mejor que yo.

— Entonces, ¿porqué no se halla aquí para ocupar tu lugar?.....

— Aquí está, monseñor, dijo el piloto.

Guessler le miró con la mayor extrañeza.

— Mandad que desaten al prisionero, pues si hay

un hombre que pueda salvarnos en este apuro no hay duda alguna que es solo él.

Guessler hizo un gesto de asentimiento y una ligera sonrisa de triunfo asomó á los labios de Guillermo.

— ¿Has oído? le dijo el viejo marinero mientras con un cuchillo le cortaba las cuerdas con que le tenían amarrado.

Guillermo manifestó que sí, extendió los brazos como quien recobraba la libertad, y marchó á sentarse junto al timon en el lugar del piloto, que pronto á obedecer se reunió con los otros dos marineros.

— ¿Tienes otra vela, Rudenz? preguntó Tell.

— Sí, ¿pero de qué nos puede servir ahora?

— Si la tienes, tráela para izarla inmediatamente. Rudenz le miró con el mayor asombro.

— Vosotros al remo, continuó Guillermo dirigiéndose á los marineros, y cuando yo os lo diga, remad. Al mismo tiempo empujó el timon y sorprendida la barca por aquella maniobra, osciló un instante, y despues cual un caballo que reconoce la maestría del jinete, dió una rápida vuelta. ¡Remad! gritó Guillermo á los marineros; y encorvándose estos sobre los remos hicieron seguir al barco la direccion tomada á pesar de las olas.

— ¡Bien! ¡bien! murmuró el viejo Rudenz, ya ha reconocido á su amo y le obedece.

— ¡Es decir, que ya estamos en salvo! exclamó Guessler.

— ¡Hum! hum! respondió Rudenz clavando los ojos en los de Tell, todavía no, pero al menos estamos en buen camino, porque ya adivino lo que Guillermo quiere hacer. Esto es, Guillermo. ¡Tienes

razon por vida mia! Entre las dos montañas de la orilla derecha debe haber una corriente de aire que si llegamos á cogerla nos pondrá á la otra parte en diez minutos.

— Has acertado; porque seria la primera vez que hubiese una tempestad así en el lago sin que tomase su parte el viento de Oeste; ahí lo tienes, ya silba como si fuese el rey del lago.

Guillermo se volvió en efecto hácia el punto que el viejo indicaba con el dedo en donde un valle separaba dos montes, saliendo por el camino una corriente de aire que soplaba con violencia y formaba una especie de camino por el lago. Entró en aquel liquido sendero el barco, y virando de popa al viento cesaron de remar, los marineros se prepararon á izar desplegada que estuvo la vela, la barca comenzó á andar con rapidez hácia la base del Axemberg.

Al cabo de dos minutos, como lo habia anunciado Rudenz, y antes que Guessler y los soldados hubiesen vuelto de su asombro y admiracion, ya tocaban á la orilla del lago. Entonces Tell mandó plegar la vela, y como si bajase para amarrar alguna cuerda, colocó la mano izquierda en la ballesta, volvió con la derecha el timon, la barca viró en seguida, y Guillermo saltó ligero como un gamo sobre una roca que asomaba sobre la superficie del agua, en tanto que cediendo la barca al violento impulso que le habia impreso su salto, comenzaba á retroceder. Con otro salto llegó Guillermo á tierra, y antes que Guessler ó sus arqueros hubiesen podido dar un grito, ya habia desaparecido en el bosque.

Pasado el asombro que habia causado la fuga de Guillermo, el gobernador mandó desembarcar para

ir en persecucion del fugitivo, y fué cosa fácil, porque auxiliados de los remos llegaron á ganar la orilla. Saltó á tierra un marinero, y amarrando una cadena se hizo el desembarco sin accidente alguno, á despecho de las olas todavía embravecidas.

Inmediatamente, enviaron un soldado á Allorf con orden de enviar escuderos y caballos á Brünen, en donde iba á aguardarlos el gobernador.

Llegado apenas al pueblo, Guessler hizo anunciar á voz de pregon y son de trompeta, que recibiría cincuenta marcos de plata el que entregase á Guillermo, quedando exento del pago de impuestos él y sus hijos hasta la tercera generacion, recompensa que prometió tambien por Conrado de Baumgarten.

Hacia el medio dia llegaron los caballos y escuderos. Guessler, ocupado solo de su venganza, no quiso detenerse y salió inmediatamente para Art, donde tenia tambien que tomar fuertes medidas contra los asesinos del gobernador de Schwanau. A las tres salia de aquel pueblo y costeando las orillas del lago de Zoug, llegó á Immensee, que atravesó sin detenerse, y tomó el camino de Kussnach.

Estos acontecimientos que acabamos de contar se verificaron en un dia frio y sombrío del mes de noviembre (el 19), ya tocaba á su fin, y Guessler deseoso de llegar antes de la noche á la fortaleza, metia espuelas á su caballo que se habia internado en la hondonada de Kussnach. Al llegar á su extremidad acortó un poco el paso, y llamó á su escudero. Este, á quien el respeto habia mantenido á lo lejos, se adelantó siguiéndole á alguna distancia los guardas y arqueros: así caminaron durante algun tiempo sin hablar. En fin, volviéndose Guessler hacia su escudero le miró cual si hubiese querido leer

hasta en el fondo de su alma. Despues, de repente le dijo:

— Niklaus, ¿estás decidido por mí?

El escudero se estremeció.

— ¿Y bien? continuó Guessler.

— Perdonad, monseñor, pero no aguardaba esa pregunta.....

— Que no estás preparado á contestar, ¿no es verdad? Bueno, tómate tiempo porque es una respuesta con reflexion la que te pido.

— No se hará aguardar, monseñor: salvos mis deberes con Dios y el emperador, estoy á vuestras órdenes.

— ¿Estás pronto á ejecutarlas?

— Estoy pronto.

— Esta noche marcharás á Allorf, tomarás allí cuatro hombres con los cuales irás esta noche á Bürglen, y allí únicamente les dirás lo que han de hacer.

— ¿Y qué es lo que han de hacer, monseñor?

— Se apoderarán de su mujer y de cuatro hijos. Así que estén en su poder, los harás llevar á la fortaleza de Kussnach, donde los aguardaré, y una vez allí.....

— Sí, os comprendo, monseñor.

— Preciso será que Tell se entregue á sí mismo, porque cada semana que tarde en hacerlo, costará la vida á uno de sus hijos, y la última á su mujer.

Aun no habia acabado Guessler esta palabra, cuando dió un grito, dejó caer las riendas y extendió los brazos, y cayó del caballo: el escudero echó precipitadamente pié á tierra para socorrerle; pero ya no era tiempo, tenia atravesado el corazon con una flecha.

Era la que Guillermo Tell habia escondido bajo su vestido cuando en la plaza pública de Altorf, Guessler obligó á quitar una manzana sobre la cabeza de su hijo.

En la noche del domingo al lunes siguiente se reunieron en el Grutli los conjurados: la muerte de Guessler habia provocado esta reunion extraordinaria.

Muchos de ellos eran de parecer de que debia adelantarse el dia de la libertad, y de este número eran Conrado de Baumgarten y Mechtal.

Pero Walter Furst y Werner Stauffacher se opusieron, diciendo que encontrarian al caballero de Landenberg alerta sin duda, y lo que haria la empresa mil veces mas aventurada, mientras que al contrario si permanecia tranquilo el país despues de la muerte de Guessler, atribuirian aquella muerte á una venganza particular, y no se ocuparian mas que en buscar al matador.

— Pero entretanto ¿qué será de Guillermo? exclamó Conrado, ¿qué será de su familia? Guillermo me ha salvado la vida y no se ha de decir de mí que le abandono.....

— Guillermo y su familia están en seguridad, dijo una voz entre la muchedumbre de los conjurados.

— No tengo nada ya que decir..... respondió Conrado.

— Ahora, dijo Walter Furst, combinemos el plan de la insurreccion.

— Si los ancianos me permiten hablar, dijo adelantándose un jóven del alto Unterwalden llamado Zagheli, propondré una cosa....

— ¿Cuál? preguntaron los ancianos.

— Encargarme de la toma del castillo de Rosberg.

— ¿Y cuántos hombres pides para eso?

— Cuarenta.

— Considera que el castillo de Rosberg es uno de los mejor fortificados de toda la jurisdiccion.

— Tengo medios para penetrar en él....

— ¿Y cuáles son?

— No puedo decirlos, respondió Zagheli.

— ¿Estás seguro de encontrar los cuarenta hombres que te hacen falta?

— Estoy seguro.

— ¡Bien! se acepta tu oferta.

Zagheli volvió á meterse entre la muchedumbre.

— Si se quiere abandonarme á mí la empresa, dijo entonces Stauffacher, yo me encargo del castillo de Schwanan.

— Y yo, añadió Walter Furst, tomaré la fortaleza de Uri.

Estas dos últimas proposiciones fueron acogidas con unánime aprobacion. Cada conjurado se comprometió durante las cinco semanas que debian trascurrir todavía, á reclutar soldados entre sus amigos mas valientes, y antes de separarse se adoptaron las tres banderas bajo las cuales debian marchar. Uri escogió para la suya una cabeza de toro con un anillo roto en memoria del yugo que iban á romper; Schwitz una cruz en recuerdo de la pasion de N. S. Jesucristo, y Unterwalden dos llaves en honor de san Pedro, que era muy venerado en Sarnen.

Así como lo habian previsto los ancianos, la muerte de Guessler fué considerada como la expresion de una venganza particular. Las pesquisas inútiles dirigidas contra Guillermo se fueron para-

lizando al ver que no producían resultados, y todo quedó en calma y tranquilidad en los tres cantones hasta el día en que debía estallar la conjuración.

En la noche del 31 de diciembre, el gobernador del castillo de Rossberg hizo la ronda como tenía de costumbre, visitó las guardias, colocó los centinelas, dió el santo y contraseña é hizo tocar á la queda.

Pareció entonces dormido el castillo como los huéspedes que encerraba, fué cesando el ruido poco á poco, y solo los centinelas colocados en lo alto de los torreones interrumpían aquel silencio con el ruido de sus pasos y con los gritos de alerta repetidos de cuarto en cuarto de hora.

Sin embargo, á pesar de aquella apariencia de sueño se abrió con precaución una ventanita que daba á los fosos del castillo; asomó su tímida cabeza una jóven de diez y ocho á diez y nueve años, y á pesar de la oscuridad de la noche trató de penetrar con su vista en la profundidad de los fosos del castillo. Al cabo de algunos minutos de una investigación que la oscuridad hacia inútil, dejó caer el nombre de Zagheli.

Este nombre fué dicho tan bajo, que hubiera podido tomarse por un suspiro de la brisa ó por un murmullo del arroyo. Sin embargo, fué oído, y una voz mas fuerte y mas atrevida, aunque prudente todavía, respondió con el nombre de Anneli.

La jóven permaneció un momento inmóvil con la mano sobre el pecho como para ahogar los latidos. El nombre de Anneli se dejó oír por segunda vez.

— Sí, sí, murmuró ella inclinándose hácia el sitio desde donde parecía hablarle el espíritu de la

noche, sí, querido mio... pero perdóname... tengo un miedo tan grande...

— ¿Qué puedes tú temer? dijo la voz. Todo duerme en el castillo, los centinelas solos velan en lo alto de las torres.... yo no puedo verte y apenas te oigo; ¿cómo quieres, pues, que ellos nos oigan y vean?

La jóven no respondió, pero dejó caer alguna cosa. Era la punta de una cuerda, á la que ató Zagheli una escala de que Anneli tiró, y fijó á uno de los barrotes de su ventana. Un instante despues entraba el jóven en su cuarto. Anneli quiso retirar la escala de cuerda.

— Aguarda, querida, la dijo Zagheli, prenda mia, aguarda un poco, porque aun me hace falta escalar; sobre todo no te asustes por nada de lo que veas que va á suceder, porque tu menor palabra, el menor grito tuyo seria mi muerte.

— ¿Pero qué hay?... en nombre del cielo... dijo Anneli. ¡Ah! estamos perdidos... mira... mira... y le señalaba á un hombre que aparecia en la ventana.

— No, no, Anneli, no estamos perdidos, son amigos.

— ¡Pero yo, yo estoy deshonrada! exclamó la jóven ocultando su cabeza entre las manos.

— Al contrario, Anneli, son los testigos que van á asistir al juramento que hago de tomarte por esposa tan pronto como la patria esté libre.

La jóven se arrojó en los brazos de su amante. Subieron uno tras otro los veinte jóvenes, despues Zagheli retiró la escala y cerró la ventana.

Los veinte jóvenes se esparcieron por el interior del castillo. La guarnicion sorprendida durmiendo,

no hizo ninguna resistencia; los conjurados encerraron á los Alemanes en la cárcel del castillo, vistieron sus mismos uniformes, y la bandera de Alberto continuó ondeando sobre la fortaleza, que al día siguiente abrió sus puertas á la hora acostumbrada.

A medio día el centinela colocado en lo alto de la torre, divisó dirigirse á la fortaleza á todo escape á muchos caballeros. Dos conjurados se colocaron á la puerta, y los demás se formaron en el patio. Diez minutos despues, el caballero de Landenberg pasaba el puente levadizo, que se levantó en cuanto entró. El caballero estaba prisionero lo mismo que la guarnición.

El plan de Zagheli habia salido completamente bien. Hemos visto que de los cuarenta hombres necesarios para su empresa habian escalado con él el castillo veinte, y se habian apoderado de él. Los otros veinte habian tomado el camino de Sarnen.

En el momento en que Landenberg salía del castillo real de Sarnen para ir á misa, presentáronle á aquellos veinte hombres trayéndole como regalos de costatubre, corderitos, cabras y gallinas. El gobernador les mandó entrar en el castillo y continuó su camino.

En cuanto hubieron llegado al umbral de la puerta, sacaron de debajo de sus vestidos hierros afilados que colocaron en las puntas de sus palos y se apoderaron del castillo. Entonces uno de ellos se presentó en la plataforma é hizo oír tres veces el prolongado sonido de la trompa montañesa. Era esta la señal convenida; comenzaron á oírse de calle en calle los gritos y el estruendo de la rebelion.

Corrieron inmediatamente á la iglesia para apo-

derarse de Landenberg, pero prevenido á tiempo saltó sobre un caballo y tomó la fuga hácia el castillo de Rossberg. Esto era lo que habia previsto Zagheli.

Durante el resto de aquel día se tuvieron con el baido imperial los mayores cuidados, y se le guardaron las mas grandes consideraciones. Por la noche solicitó subir á la plataforma del castillo para tomar el aire. Zagheli le acompañó. Podia descubrir desde allí todo el país sometido todavía la víspera á su jurisdicción, y separando sus ojos de la bandera en que las llaves de Unterwalden habian reemplazado al águila de Austria, los fijó en la dirección de Sarnen y permanecia inmóvil y pensativo.

Pensativo é inmóvil se hallaba tambien Zagheli en el otro ángulo del parapeto, clavados los ojos en otro punto. Aquellos dos hombres aguardaban el uno socorro para la tiranía y el otro un refuerzo para la libertad.

Al cabo de un instante brilló una hoguera en la cumbre del Axemberg, y Zagheli lanzó un grito de alegría.

— ¿Qué es esa hoguera? dijo Landenberg.

— Una señal.

— ¿Y qué quiere decir esa señal?

— Que Walter Furst y Guillermo Tell han tomado el castillo de Orijoeh.

En aquel mismo instante, gritos de alegría que resonaron por toda la fortaleza confirmaron lo que Zagheli acababa de decir.

— Todos los Alpes se han convertido en volcanes, exclamó Landenberg: ved el Righi que se inflama.

— Sí, sí, respondió Zagheli saltando de alegría,

también el Righi enarbola la bandera de libertad.

— ¡Cómo! murmuró Landenberg : ¿ es otra señal acaso ?

— Sí, Werner Stauffacher y Mechtal han tomado el castillo de Schwanau. Volveos ahora hácia este lado, monseñor.

Landenberg dió un grito de sorpresa al ver al Pilato coronarse á su vez con una diadema de fuego.

— Ved , continuó Zagheli , ved lo que anuncia á los de Uri y de Schwitz, que sus hermanos de Unterwalden no se han quedado atrás y que han tomado ya el castillo de Rossberg y hecho prisionero al baillío imperial.

Nuevos gritos de alegría volvieron á resonar por toda la fortaleza.

— ¿ Y qué contais hacer conmigo ? dijo Landenberg dejando caer su cabeza sobre su pecho.

— Contamos con haceros jurar que jamás volvereis á entrar en las tres jurisdicciones de Schwitz , de Uri y de Unterwalden , que jamás tomareis las armas contra los confederados , que jamás excitareis al emperador á que nos haga la guerra, y cuando hayais hecho este juramento sereis libre de retiraros á donde querais.

— ¿ Y me será permitido dar cuenta de mi misión á mi soberano ?

— Sin duda, respondió Zagheli.

— Está bien , dijo Landenberg. Ahora deseo bajar á mi habitacion ; semejante juramento exige ser meditado, sobre todo cuando se quiere cumplir.

EL EMPERADOR ALBERTO.

Parecia esta vez la casualidad favorecer de todos modos á los confederados. El dia 1º de enero de 1308 empezó para la Helvecia la nueva era de su libertad, y el 15 del mismo mes, antes aun que hubiese llegado al emperador la noticia de la insurreccion, conocia ya la derrota de su ejército en Thuringe. Mandó inmediatamente levantar tropas, declaró que marcharia él mismo á su cabeza é hizo con su actividad ordinaria todos los preparativos de esta nueva campaña ; apenas estaban terminados cuando de Uterwalden llegó el caballero Beringue : de Landenberg y contó lo que acababa de pasar.

Escuchó Alberto esta relacion con impaciencia é incredulidad ; pero despues cuando no hubo lugar á dudas, extendió los brazos en la direccion de los tres cantones y juró sobre su espada é imperial corona exterminar hasta el último de aquellos miserables que habian tomado parte en la insurreccion.

Landenberg hizo cuanto pudo para apartarle de sus proyectos de venganza : pero todo fué inútil, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

declaró que él mismo en persona marcharía contra los confederados, y señaló para la marcha del ejército el día 24 de febrero.

La vispera de este día se presentó Juan de Suabia, su sobrino, hijo de Rodolfo, su hermano menor. El emperador había sido nombrado tutor de aquel niño durante su menor edad; pero hacia ya dos años que su edad le emancipaba de la tutela, y sin embargo Alberto rehusaba constantemente devolverle su herencia; venía á intentar una nueva reclamación última antes de la marcha de su tío. Hincóse de rodillas á sus piés respetuosamente y le volvió á pedir la corona ducal de sus padres: el emperador se sonrió, dijo algunas palabras á uno de los oficiales de su guardia, salióse y muy pronto volvió con una corona de flores. El emperador la colocó sobre la rubia cabeza de su sobrino. Y como este le mirase asombrado, le dijo:

— Esta es la corona que conviene á tu edad; diviértete en deshojarla en el regazo de las damas de mi corte, y déjame el cuidado de gobernar tus Estados. Juan se puso pálido, levantóse temblando, arrancó la corona de su cabeza y la pisoteó y se marchó.

A la mañana siguiente cuando el emperador montaba á caballo, un hombre armado completamente con la visera calada, vino á colocarse á su lado; Alberto miraba á aquel desconocido, y viendo que permanecía en el puesto que había tomado, le preguntó quién era y qué derecho tenía para marchar en su comitiva.

— Yo soy Juan de Suabia, hijo de vuestro hermano, respondió el caballero alzándose la visera, ayer reclamé mi soberanía y me la rehusásteis con

razon, es preciso que la cabeza que debe llevar corona sepa lo que es el peso de un casco, y es preciso que haya manejado la espada el brazo que ha de llevar un cetro. Dejadme acompañaros, señor, y á mi vuelta dispondreis de mí lo que querais. Alberto echó una ojeada rápida y profunda sobre su sobrino. ¡Me habré engañado! murmuró; y sin darle ni negarle la licencia, se puso en camino. Juan de Suabia le siguió.

El 1.º de marzo de 1308 llegó el ejército imperial á las márgenes del Reuss. Estaban preparadas lanchas para el paso del ejército, y ya el emperador iba á embarcarse en una de ellas, cuando se opuso Juan de Suabia, diciendo que estaban cargadas en demasia, y que el emperador no debía exponerse á los peligros que corría un simple soldado: al mismo tiempo le ofreció lugar en un barquichuelo en que se hallaban solamente Walter de Eschembach, su ayo, y tres de sus amigos, Rodolfo de Wart, Roberto de Balm y Conrado de Tegelfeld. El emperador se sentó cerca de ellos, tomó cada cual su caballo por la brida para que pudiese seguir á su amonadando, y atravesando rápidamente la barquilla el río, llegó á la orilla opuesta, en donde desembarcó el emperador con su comitiva.

A algunos pasos del río sobre una pequeña altura, alzabase una encina secular. A su sombra fué á sentarse Alberto á fin de vigilar el paso de su ejército, y desalándose el casco lo arrojó á sus piés.

En aquel momento Juan de Suabia mirando en derredor de sí, y viendo á todo el ejército detenido en la otra orilla, montó á caballo, enristró su lanza, fingió hacer algunas maniobras del arma, tomó

carrera, dirigiéndose á galope hácia el emperador, y le atravesó la garganta con su lanza. En el mismo instante, Roberto de Balm le hundió su espada en el pecho por la juntura de la coraza, y Walter de Eschembach le partió la cabeza con su hacha de armas. A Rodolfo de Walter y Conrado de Tegelfeld les faltó el valor, y se quedaron con la espada en mano, pero sin herir.

Apenas hubieron visto los conjurados caer al emperador, mirándose mutuamente y sin proferir una palabra, tomó la fuga cada cual por su lado, asustados unos de otros. Entretanto, agonizando Alberto, revolcábase sin socorro: una pobre mujer que por allí pasaba acudió á sostenerle, y el jefe del imperio germánico exhaló el último suspiro en brazos de una mendiga que contuvo su sangre con harapos.

En cuanto á los asesinos, anduvieron errantes por el mundo. Zurich les cerró sus puertas; los tres cantones les negaron asilo. Juan el parricida logró llegar á Italia subiendo la corriente del Reuss en cuyas márgenes habia consumado el crimen. En Pisa lo vieron disfrazado de monje, despues se perdió hácia el lado de Venecia, y no volvió mas á oirse. hablar ya de él.

Eschembach vivió treinta y cinco años oculto bajo el traje de pastor en un rincon de Wurtemberg, y no se dió á conocer sino á la hora de la muerte. Conrado de Tegelfeld desapareció cual si la tierra se lo hubiese tragado, murió no se sabe ni cómo ni cuándo. Rodolfo de Wart fué entregado por un pariente suyo, y fué cogido y enrodado vivo y abandonado aun sin acabar de morir á la voracidad de las aves de rapiña. Su mujer, que no habia

querido separarse de él, permaneció arrodillada junto á la rueda, desde lo alto de la cual la hablaba durante el suplicio, exhortándole y consolándole hasta que exhaló el último suspiro.

Entre los hijos de Alberto (1), dos se encargaron de su venganza, y fueron Leopoldo de Austria é Inés de Hungría; Leopoldo poniéndose á la cabeza de sus tropas, Inés presidiendo los suplicios. Sesenta y tres caballeros inocentes fueron decapitados en Farnenghen, solo por ser parientes ó amigos de los culpados.

Inés no solo asistió á la ejecucion, sino que se colocó tan cerca de los reos, que pronto corrió la sangre hasta sus piés y rodaron cabezas en torno suyo. Entonces le hicieron reparar que iban á mancharse sus vestidos.

— ¡Dejad! ¡dejad! respondió, me baño con mas placer en esta sangre que lo haria en el rocío del mes de mayo. Terminado el suplicio fundó con los despojos de los muertos el rico convento de Königsfelden (campo del Rey) en el mismo punto en que habia sido asesinado su padre, y allí se retiró para terminar sus dias en la penitencia, la soledad y la oracion.

Durante este tiempo preparábase para la guerra el duque Leopoldo, y por sus órdenes se preparó el conde Oton de Strassberg á pasar el Brunig con cuatro mil combatientes: mas de mil hombres fueron armados por los gobiernos de Walhausen, de Rolhemburgo y de Lucerna, para sorprender á Unterwalden por la parte del lago. El duque mar-

(1). El emperador Alberto tuvo veinte y un hijos. Ninguno de sus hijos le sucedió como emperador.

chó contra Schwitz con la flor de sus tropas, llevando tras sí carros cargados de cuerdas para ahorcar á los rebeldes.

Los confederados reunieron apresuradamente mil y trescientos hombres, de los cuales habia cuatrocientos de Uri y trescientos de Unterwalden. El mando de esle cuerpo se confirió á un jefe veterano, Rodolfo Reding de Biberek, en cuya experiencia tenian gran confianza los tres cantones.

El 14 de noviembre tomó posicion aquel pequeño ejército sobre la falda de la montaña del Sattal, teniendo á sus piés pantanos intransitables, y detrás de los pantanos el lago Egeria.

Cada cual acababa de elegir su posicion para pasar la noche cuando se presentó una nueva tropa de cincuenta hombres. Eran los desterrados de Schwitz, que venian á pedir á sus hermanos les admitiesen en la defensa comun, aunque culpables.

Rodolfo Reding tomó el parecer de los mas prudentes y mas ancianos. Unánime fué la respuesta que no debía comprometerse la santa causa de la libertad admitiendo entre los defensores gente manchada. Se prohibió á los desterrados que combatesen en el distrito de Schwitz. Se retiraron, caminaron una parte de la noche para tomar posicion en un bosque de pinos situado en lo alto de una montaña en el territorio de Zug.

El día siguiente al amanecer los confederados vieron brillar las lanzas de los Austriacos. Por su parte los caballeros al descubrir el pequeño número de los que debian disputarles el paso, echaron pié á tierra, y no queriendo cederles el honor de

comenzar el ataque marcharon á su encuentro. Los confederados les dejaron trepar por la montaña, y cuando los vieron fatigados, por el peso de sus armaduras se precipitaron sobre ellos como un alud. Todo cuanto trató de resistir á aquella especie de asalto fué derribado al primer choque, y aquel torrente de hombres fué en el mismo empuje á abrirse paso entre las filas de la caballería, que cayó de rechazo sobre las demás tropas de infantería, ¡ tan terrible y desesperado fué aquel choque! Al mismo tiempo oyéronse grandes gritos de la retaguardia. Viése bajar rodando por la montaña pedascos que parecian desprendidos por sí solos, y rebotando, y entrando en las filas hacian pedazos hombres y caballos. Diríase que la montaña se animaba, y tomando parte por los montañeses sacudía su melena como un leon. Miráronse los soldados aterrados, y viendo que no podian devolver muerte por muerte se llenaron de un terror profundo y retrocedieron. En aquel momento la vanguardia, derrotada bajo las rústicas y ferradas mazas de los pastores, se replegó en desorden. El duque Leopoldo se creyó envuelto por numerosas tropas, dió la orden ó mejor el ejemplo de la retirada, y uno de los primeros abandonó el campo de batalla, y aquella misma noche lo vieron en Vintherthur pálido y consternado. El conde de Strassberg se apresuró á repasar el Brunig al saber la derrota de los Austriacos.

Esta fué la primera victoria que alcanzaron los confederados. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de pobres pastores y miserables villanos y sirvió para fertilizar aquella noble tierra de la libertad. La batalla tomó el expresivo nombre de

Mongensteru, porque empezó á la luz del lucero de la mañana.

Así se hicieron célebres los hombres de Schwitz, y á dalar de esta victoria fueron llamados Suizos los confederados, de la palabra *Schwizer*, que quiere decir hombre de Schwitz. Uri, Schwitz y Unterwalden fueron el centro á que vinieron á agruparse á su vez los demás cantones, que el tratado de 1815 fijó en veinte y dos.

En cuanto á Guillermo Tell, que involuntariamente había tomado una parte tan activa en esta revolución, después de hallar su huella otra vez en el campo de batalla de Laupen, en donde peleó cual simple balletero con setecientos hombres de los Pequeños cantones, se le pierde de vista de nuevo para no volver á encontrarlo hasta la hora de su muerte, que tuvo lugar, á lo que se cree, en la primavera de 1354.

Al derretirse las nieves del invierno creció mucho el Schaccen y arrastró tras sí una casa. En medio de los restos Tell vió flotar una cuna y oyó los gritos de un niño; precipitóse inmediatamente en el torrente, alcanzó la cuna y la dirigió hácia la orilla; pero en el momento en que él iba á salir perdió el sentido del choque de un madero y desapareció. Hay hombres elegidos cuya muerte corona su vida.

El hijo mayor del sabio Matteo publicó en 1760 un extracto de un escritor danés del siglo XII llamado *Saxo Grammaticus*, que cuenta el hecho de la manzana y la atribuye á un rey de Dinamarca. Al momento la escuela positiva, esa faja negra de la poesía, declaró que Guillermo Tell no había existido nunca, y gozoso con este descubrimiento,

intentó quitar al solemne día de la libertad suiza los mas brillantes rayos de su aurora; pero el buen pueblo de Walstetten guardó un santo respeto á la religiosa tradición de sus padres, y permaneció devoto á sus antiguos recuerdos. Allí el poema ha permanecido vivo y sagrado cual si acabase de verificarse (1), y por escéptico que uno sea. le es imposible dudar de la verdad de esta tradición cuando al recorrer aquellas comarcas ve como los descendientes de Walter Furst, de Stauffacher y de Mechtal oran á Dios porque les conserve su libertad, delante de la capilla consagrada al nacimiento de Guillermo y á la muerte de Gessler.

(1) Los archivos de Altorf conservan el nombre de ciento catorce personas que asistieron en 1350 á la creación de la capilla Tellen Plate (piedra de Tell), y que habían conocido personalmente á Guillermo Tell. Además su familia en la rama masculina no se ha extinguido hasta 1684, y en la línea femenina en 1720. — Juan Martín y Verónica Tell son los nombres de los dos últimos miembros de la familia.